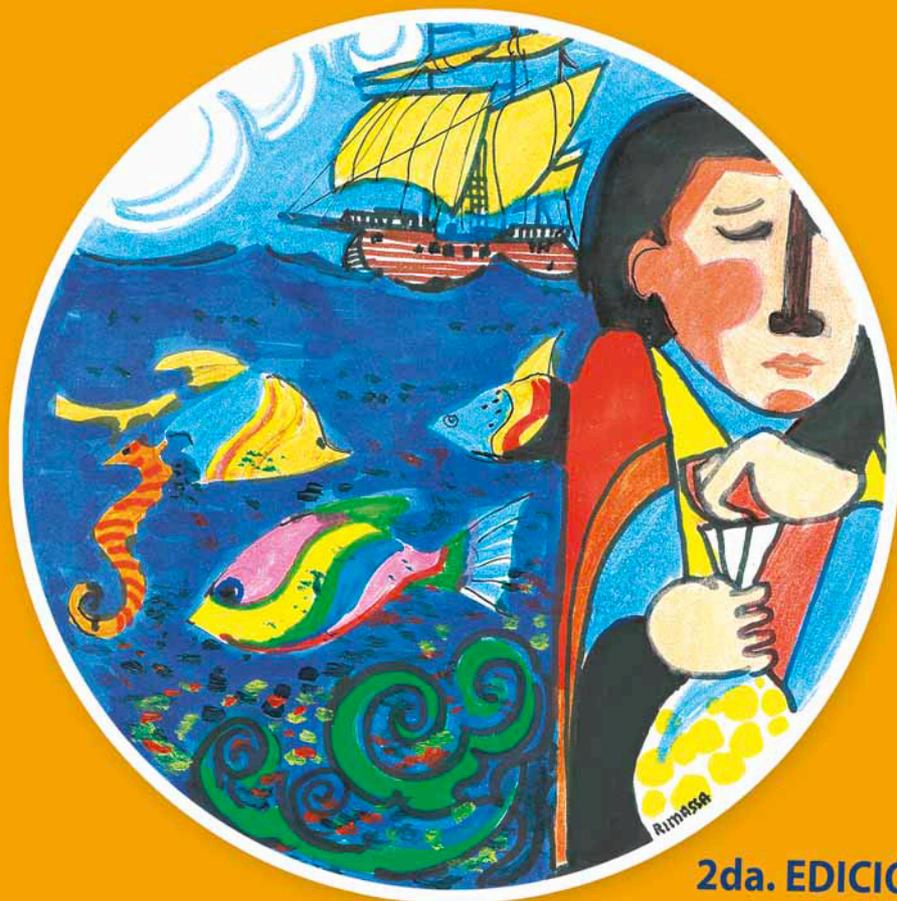


ANGÉLICA GUZMÁN REQUE

# El Niño de Miel

NOVELA



2da. EDICIÓN

Grupo Editorial  
**Kipus**

# El niño de miel

Novela Corta

---

**2da. Edición**

---

*Angélica Guzmán Reque*

Grupo Editorial  
Kipus



## Capítulo I



☉ Llegó el domingo! ansiadas horas que recorren en el tic tac del reloj. Mañanas que transmiten sus sones con el trino bullicioso de los pájaros, que escondidos en las ramas de los árboles hacen vibrar la ventana de mi dormitorio. Despierto alborozado, contagiado por esa sensación de esperanza y gratitud con que las aves saludan a la misma naturaleza. Por algunos minutos, detengo mi mirada en el azul del cielo, donde parece detenerse las primeras luces del día y, me adormezco, porque son minutos de descanso y paciencia, y compañía amorosa.

¡Hoy es domingo!, es el día dedicado a mi familia, a la compañía amorosa de mi hijo. La semana agotadora ya está en el pasado, es el ayer, son las horas de tedio que pronto se convierten en horas de sonrisa y alegría. No pienso más en aquellas horas de responsabilidad, que como gerente de la fábrica de "Dulces de miel", en Santa Cruz, debo cumplir con mi obligación en la dirección y supervisión de la fábrica. Esas preocupaciones pasan a segundo plano porque,

desde muy temprano, veo asomar la carita sonrosada de mi hijo. Y, no es más. La invitación ya está dada porque debo jugar con él, quisiera prolongar esa magia de alegría que su presencia me transmite; pero no logro convencerlo, alarga sus manecitas y predispone sus pies ligeros, sabe que son horas exclusivas para él, ¡es el día dedicado a mi hijo!

También se llama Marquito, como yo, me despierta y nos marchamos a la cancha de fútbol en el estadio "Tahuchi". El fútbol le apasiona, "Papá, ya es hora, despierta ya", me rodea con sus tiernas manecitas, suaves aciertos de amor y sinceridad. Jugamos un rato y, después, salto de la cama y ambos nos vestimos, damos un beso a mamá, y salimos apresurados.

Ya en las canchas, fuera del estadio, nos ponemos a jugar fútbol, me apresuro, ilusionado a correr, pero después de apenas media hora que corro tras la pelota y, me siento agotado; me gusta más contemplar el juego y la carrera de mi hijo con el balón que se le adelanta y él corre para patearla lejos, lo que le produce risa y alegría.

Hoy cumple diez años, ¡dorados diez años! Lo miro, desgarbado, sudoroso, vuelo hasta esa edad en que, yo, me veía; es el más cálido recuerdo, aunque con algunas nubosidades de tristeza, es el recuerdo de aquellos diez años, todavía en el seno de mi familia, mi madre, que fue mi única ilusión de vida; el ángel de guarda que jamás me abandonó. ¡Con qué apresuramiento mis recuerdos vuelan a ese recuerdo febril y de tanta significación en mi vida!



¡Marquito!, así me llamaban los chicos de la pandilla, los que se reunían en el puesto del deber, allí, en la rotonda del Cristo del segundo anillo de circunvalación, donde todavía veo muchachos de todas las edades, cada vez que paso por allá, me gusta detener mi coche, o también disminuir la velocidad para repasar esos lugares que quedaron grabados en mi mente. Muchas veces, aparcaba mi coche y descendía, me gustaba conversar con los chicos que allí se ubicaban; me conocían y corrían a mi encuentro porque siempre que podía les llevaba refrescos, empanadas, dulces, y, todos, como pollitos detrás de la gallina, se apresuraban a rodearme, tomándome de las manos, reían conmigo y compartíamos felices, quizá uno de los pocos momentos en que, esos "niños de la calle", con que se los conoce, comparten, no sólo alimento, sino, sobre todo cariño, dedicación e importancia por esas pobres vidas desamparadas, porque, casi todos abandonaron sus casas, unos, por malos tratos, otros por falta de atención, quizá, inclusive porque fueron obligados por sus propios padres, quienes los emplazaban a llevar el sustento diario, casi siempre impulsados por el alcohol, amigo confidente de tanta y tanta gente que, sumisamente se somete a esos requiebros de maldad y desolación, que los conduce a una vida de podredumbre y abandono.

Recuerdo, como si fuera ayer, cuando, de la mano de mamá, pasábamos por la esquina del Cristo, y, vi a niñas y niños que jugaban a las bolitas, todos vestían camisas y pantalones del color de la arena o, era la arena misma, pero parecía ser el lugar más cálido y agradable para jugar. Les

sonreí, y ellos respondieron a mi sonrisa, creo yo que ése fue el primer contacto con ellos, jamás imaginé que un día sería uno más de la pandilla. Recuerdo que mamá casi me llevó a rastras para que la siguiera, porque con la cabeza vuelta hacia aquel lugar, miraba con cierto apego, como adivinando que allí se forjaría mi porvenir.

Todas las mañanas me levantaba temprano. Mamá me llamaba "Marquito, ya los dulces están listos". Yo debía correr para evitar que los otros me quitaran "el puesto", pues, ésa era la consigna, quien llegara primero, tenía derecho a quedarse más tiempo e incluso, a pedir limosna, siempre que su mercancía se le hubiera agotado. Y, a mí me iba muy bien, los dulces que hacía mamá. ¡Cómo gustaba a la gente! Mamá preparaba entre quince y veinte bolsitas; eran dulces de miel. Mi madre empezaba a trabajar muy temprano. Apenas el día empezaba a clarear, mamá se levantaba muy despacito, cuántas veces yo la escuchaba, pero no daba importancia y dándome la vuelta, volvía a dormir. Ella decía que prefería cocer los dulces a la hora en la que mis hermanos menores y yo aún dormíamos, así no interrumpíamos su trabajo. Ella tenía razón, sobre todo por mis hermanos, que tenían cinco y siete años y nunca veían el peligro. Mamá, constantemente debía llamarles la atención o correr para que el peligro no se consumara. Casi todas las mañanas, cuando yo salía de casa, ellos todavía dormían.

El dinero que yo ganaba, vendiendo los dulces, lo guardaba celosamente, porque sabía que significaba



alimento y, algunas veces, hasta la ropa que nos cubría el cuerpo.

Mi amiga Inés, una compañera de la pandilla, me ayudaba a vender los dulces y, el dinero recaudado a veces se lo dábamos a la señora del kiosco de la esquina y, la señora Natalia, tan buena, me lo entregaba completo, cuando yo, al anochecer, debía volver donde mi madre. "Eres un niño bueno, por eso Dios está contigo" decía, sonriendo.

Las pastillas de miel se vendían rápido, a veces tenía que correr entre auto y auto, si había niños, sí que se vendían mejor, ellos exigían a sus padres para que se los compraran. "Papá, los dulces de miel, compra, por favor", exigían. Esas bolsitas eran el dinero, las monedas, que al llegar a mi casa se convertían en pan y té, a veces, cuando la suerte me acompañaba, en una tira de carne, que servía para que mamá hiciera una rica sopa que llenaba de satisfacción la pancita de mis hermanitos y, también la mía. Con mis diez años encima me martilleaba las espaldas y, también mis oídos, ya no estaba papá, y, yo debía ayudar, debía convertirme en el "sostén" de mi familia, como decía mamá.

Marquito, "el de los cabellos desgredados", decía mi amiga Inés, porque hacía mucho tiempo que el peine no se había asomado entre mis cabellos. A veces, mamá me alisaba y me peinaba con un viejo peine, al que le faltaban algunos dientes y, luego sonreía, dándome un beso cariñoso en la frente. "Ahora sí, estás guapo", me mimaba. Se quedaba contemplando mi cara, sus ojos se detenían en los míos y era



*A*ngélica Guzmán en el libro “El Niño de Miel”, conjunciona y ensambla hábilmente dos clases, dos tipos de expresión literaria, lo social y la fantasía, la realidad y lo imaginario, a través de un sutil nexo de la trama, y mantiene un interés constante en el desarrollo de la historia del niño de la ciudad cargando los problemas de la sociedad, sufriendo las injusticias que no tienen hasta hoy visos de desaparecer con ningún sistema, pero que al mismo tiempo el protagonista sueña con otras realidades oníricas situadas en las profundidades del océano y del pasado.



ISBN: 978-99974-12-39-3



9 789997 412393